

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA



I.E.S. JUAN DE LA CIERVA

Nº 7 - PAISAJES

(A Benito Arias, diálogo y fulgor)

CURSO 2011- 2012

ÍNDICE:

Monográfico nº 7: Paisajes

Paseos (filosóficos) por la ciudad

- Benito Arias

Hoteles literarios: paisajes urbanos

- P. V. A.

Mirar el paisaje

- Tomás Cuesta

La plaza

- Christine Félix

Pesaje de paisaje

- Guillermo Méndez

Paisajes después de la batalla

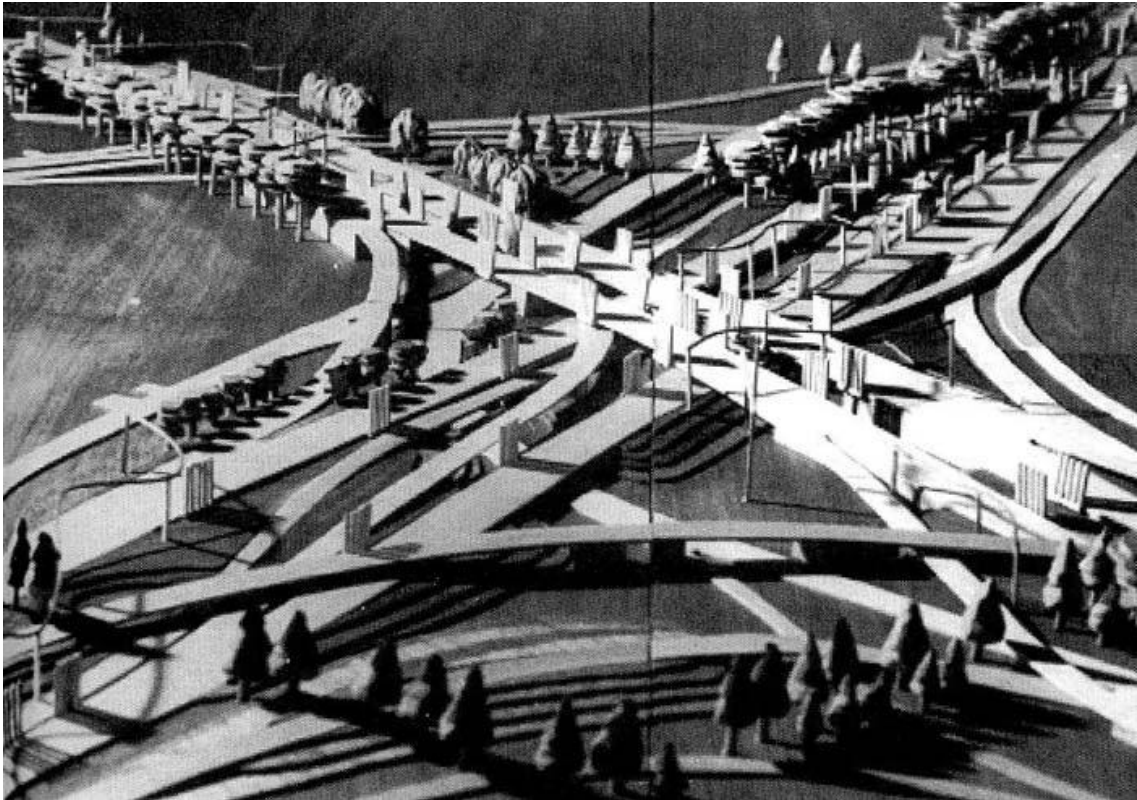
- Pablo Villar

- - -

Certamen literario “Día del Libro”

- Obras ganadoras

La Biblioteca en el curso 2011-2012



Insomne centinela, en las más altas horas / de la ciudad entregada al culto de su sueño...

Paseos (filosóficos) por la ciudad

Benito Arias

Antes del siglo XIX, los paseos filosóficos se encaminaron al campo, especialmente en el XVIII la naturaleza aparecía como un lugar de ensueño: el vestido de la Tierra despierta la meditación de filósofos (Rousseau) que a través de ella se interna en su propio interior y ajusta su pasado. Esta tradición no se rompe ni en el XIX (Thoreau, Hebbel) ni en el XX (Heidegger, Sebald); pero al pasar de las ensoñaciones del paseante solitario a las extrañezas del romántico nos vemos ante un cambio de escenario, abandonamos el campo y entramos en la ciudad. E.T.A. Hoffmann escribe un cuento en 1822, el mismo año de su muerte, que bien puede servir de gozne: “La ventana esquinera de mi primo”, donde se recoge, apenas sin argumento, todo un “arte de ver” desde la habitación de un edificio que da a una feria y un teatro en Berlín. El arte de ver no es ya la pura contemplación de un paisaje, pues en la ciudad abundan los seres humanos, y el consuelo del *voyeur* es aquí fantasear sobre las vidas que transcurren al pie de su ventana. La masa humana es metáfora para Hoffmann de la vida siempre cambiante en la que “la variedad nunca es demasiado variada”. Protegido por la ventana y la altura, el narrador se muestra (aun estando enfermo de muerte) vivificado por el espectáculo. En esta misma estela, y de modo semiautobiográfico, el gran paseante que fue Charles Dickens, capaz de recorrer decenas de kilómetros por su querido Londres, inicia la novela *Almacén de antigüedades* (1840-41) justificando los paseos urbanos con el objetivo de estudiar el tipo y el carácter de los transeúntes, algo que ya había puesto en práctica en sus inicios literarios, con los “esbozos” de Boz; y otro cuentista fantástico, Edgar Allan Poe, sitúa uno de sus más extraños cuentos en las calles de Londres, “El hombre de la multitud” (1840), en el que hallamos un narrador que ha superado una enfermedad y se encuentra en el estado anímico más opuesto al *ennui*: “El solo hecho de respirar era un goce”, afirma al inicio. La percepción de la masa por la



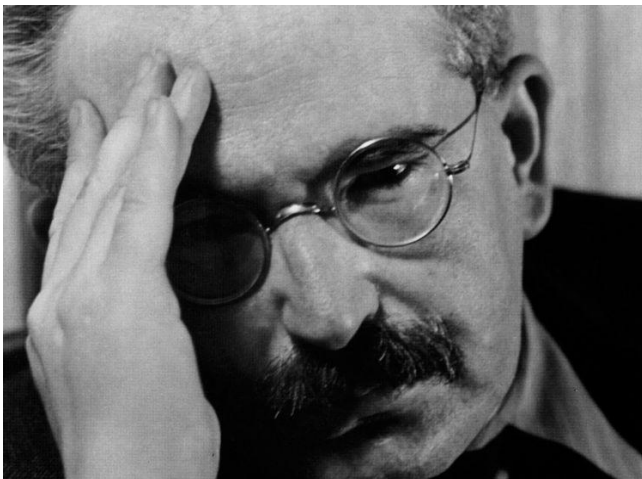
avenida se integra en ese fervor por la vida renovada hasta que repara en un anciano singular que despierta su interés por la decrepitud de su semblante y su aspecto demoníaco. Lo sigue por las calles y se da cuenta de que ese hombre nunca abandona las zonas concurridas, calles comerciales o salidas del teatro, sin ningún objetivo especial más que verse rodeado por la masa, incapaz de estar solo: es el hombre de la multitud. Habrá que entender con esta expresión una simbólica patología, un nuevo demonio asociado a la vida en las ciudades.

Desde una perspectiva sociológica, Georg

Simmel enlaza con el demonismo de Poe y reflexiona sobre “las grandes urbes y la vida del espíritu” en 1903, destacando la diferencia observable entre la estabilidad inconsciente de las impresiones en el campo, capaces por ello de despertar la sentimentalidad, frente a la multitud de impresiones urbanas que condicionan la vida anímica del sujeto y lo fuerzan a activar el entendimiento. Esta tendencia al entendimiento y al cálculo se concreta en la obsesión por la medida temporal y la actividad económica, lo que acaba enajenando al urbanita y despierta el rechazo de los grandes individualistas, pensemos en Nietzsche, en cuanto las grandes ciudades nos alejarían de las fuentes de la vida.

Pero ya apuntábamos otra posibilidad para los paseos por la ciudad, la que sigue de cerca el desarrollo de las grandes urbes, el Londres que pasa de las luces de cera a las farolas de gas y a la luz eléctrica, o el París de los bulevares y grandes avenidas diseñadas por Haussmann. Aquí la referencia debe ser uno de los principales ensayos estéticos del XIX, “El pintor de la vida moderna” (1863), de Charles Baudelaire, que apoyado en las acuarelas de Constantin Guys y sus retratos de las costumbres urbanas, sirve como principal manifiesto de la modernidad estética. El pintor de la vida moderna es un *flâneur*, un paseante que está siempre en su casa cuando se halla fuera de ella, un yo que no se sacia de no-yo. El giro es destacado por Baudelaire precisamente en relación con el siglo XVIII: lo bello ahora no se relaciona con la naturaleza y lo natural, sino con la ciudad y lo artificial. Esta belleza moderna es siempre de lo fugitivo y cambiante, aunque aspire a la eternidad, es fugitiva como los paisajes que transcurren al pasear por las calles y avenidas de la ciudad.

En esta misma línea, Walter Benjamin se inspirará en Baudelaire para señalar algunos temas asociados a la nueva estética: la bohemia, los periódicos y folletines en los kioscos, la literatura de tipos, los paseantes, los pasajes urbanos con sus múltiples



comercios, la masa, la velocidad, las mezclas y el fragmentarismo que explotará en su obra inacabada sobre el París de los pasajes. Aquí aparece un ensayismo de la ciudad no incompatible con la cultura, como si vida y cultura no pudieran ya considerarse por separado. Desde que observamos la ciudad con ojos filosóficos, los temas dignos de reflexión se amplían y se tornan más concretos. Nos dirigimos a las

supercherías y el coleccionismo, a los adornos y la iluminación, a los trajes y la vida en los arrabales, las fotografías y los dibujos, los grabados y la venta ambulante. La

perspectiva de Walter Benjamin es diferente a la de Simmel, porque admite la mirada no-económica y curiosa del *flâneur*, el paseante desocupado que, como el propio Benjamin, Franz Hessel o el cineasta Walther Ruttmann, recorre una ciudad, en concreto Berlín, con actitud meditabunda y reflexiva, porque ha nacido allí, y por tanto mezcla sus recuerdos con el relato de la ciudad. El *flâneur* se vuelve filósofo, errabundo y soñador. Por eso lanza Benjamin un guiño a Rousseau aludiendo a los *Paseos por Berlín* de Hessel y dice que la ciudad ejerce “como recurso mnemotécnico del paseante solitario”. Ahora la urbe se abre como un paisaje, se solicita el amor a ella como antes se ha practicado el amor al campo. Surgen desde una nueva perspectiva los letreros luminosos, los enrejados, los kioskos, los buzones y los bronces, las terrazas y los cines... Nada escapa a la mirada del paseante, del sospechoso, del *voyeur*. Otros podrán estudiar, pero el paseante quiere aprender, no sólo multiplicar las impresiones, sino encontrar en ellas el suelo de la experiencia que les da el aura de lo permanente... Lo bueno es que estos paseos filosóficos están al alcance de todos nosotros.



Imágenes

1. Baudelaire, fotografiado por Nadar.
2. Walter Benjamin.
3. Fotograma de *Berlín, sinfonía de una ciudad* (Walther Ruttmann, 1927)

Los hoteles literarios: paisajes urbanos

P. V. A.

Muchos grandes escritores han ligado su creación literaria a unos paisajes urbanos tan conocidos y sugerentes como pueden ser los hoteles, donde se han inspirado, o han escrito parte de sus obras. Escritores, músicos y diferentes personalidades del mundo de la cultura han ligado su obra y sus historias a hoteles en los que se han alojado a lo largo del mundo, y ahora ya forman parte de los atractivos turísticos de las ciudades respectivas. La historia de la literatura está repleta de paisajes y escenarios que adquieren tal fuerza en el relato que pueden llegar a convertirse en personajes por sí mismos. En otras ocasiones, estos escenarios no aparecen en las obras, sin embargo, su influencia sobre el escritor acaba siendo decisiva. Desde estas páginas haremos mención de algunos de los casos más conocidos de obras que se desarrollan en estos espacios y, por otro lado, de hoteles que albergaron a célebres escritores o personalidades de la cultura.

Empezamos con el clásico de los clásicos de las novelas que se desarrollan en hoteles: *La Ratonera* de Agatha Christie. La obra de teatro más representada en la historia de Londres se desarrolla como una típica novela policiaca: un ambiente cerrado (el hotel, o mejor dicho, la casa de hospedaje de Monkswell Manor, a las afueras de Londres) donde se encuentra un número limitado de personajes que no pueden salir de él. Entre ellos hay el culpable de un delito. Como siempre pasa en este tipo de novelas, descubrir el asesino es lo de menos: lo que queda en el lector-espectador es la atmósfera, el clima de tensión y sospecha entre los personajes y la impaciencia de llegar al desenlace final. Está dividida en dos actos, el primero dividido en dos escenas y fue estrenada en los años 50 con gran éxito.

Un hotel incluso más tenebroso que el de Monkswell Manor es el conocido Overlook Hotel, donde se desarrolla la novela de terror de Stephen King *El resplandor*. Especialmente recomendada para los muchos que hayan visto la gran película de Stanley Kubrick, la novela parece tener la misma personalidad psíquica del hotel: engancha, cautiva y se mete en la cabeza del lector como si fuera la de Jack, el protagonista. Entre nuestras propuestas es la única novela que supera (de hecho dobla) las doscientas páginas, pero podríais descubrir que es la que tardáis menos en acabar.

Quién busque un hotel donde se desarrolle una historia dramática encontrará uno de ellos en *Veinticuatro horas en la vida de una mujer* de S. Zweig. Un hotel testigo de un encuentro erótico entre una respetable y madura dama de sociedad y un joven ludópata abocado a un trágico destino. La novela trata temas que hoy en día parecen poco actuales (el control de las pasiones, la honradez) de una manera moderna y racional, sin prejuicios, así como hace una descripción de la ludopatía que bien podría tomarse como ejemplo en cualquier texto de psicología de hoy en día.

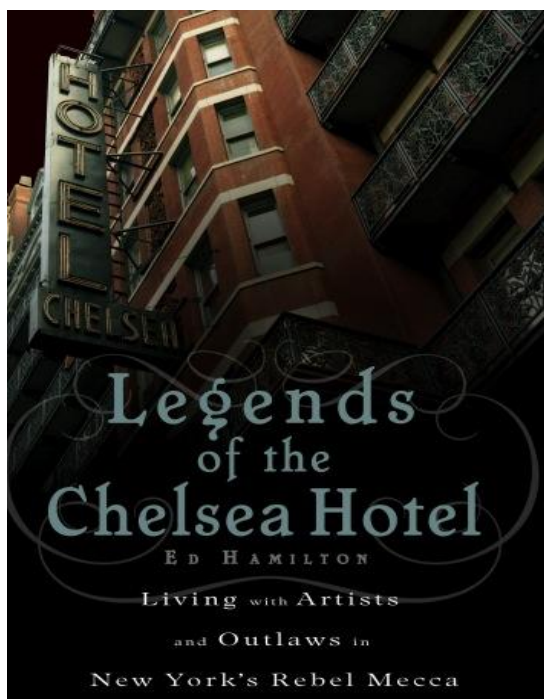
Finalmente hablamos de un hotel que no es un hotel: es el Hotel Existencia, que sólo está en la imaginación del protagonista de [Brooklyn Follies](#), de Paul Auster. Un lugar donde encontrarse a sí mismo, tal y como hacía Marcel Proust en el hotel Ritz de París pero sin recepcionistas en carne y hueso. Os dejamos con un breve diálogo sacado de esta novela que invita a hacer un balance de la vida de cada uno:

HARRY: Ahora lo recuerdo todo. El Hotel Existencia. No tenía más de diez años, pero aún recuerdo el momento exacto en que me vino la idea a la cabeza, el preciso instante en que se me ocurrió ese nombre. Nunca había estado en un hotel, pero como había visto muchos por fuera cuando mi madre me llevaba al centro sabía que eran sitios especiales, fortalezas que protegían de la miseria y las mezquindades de la vida cotidiana. Un hotel representaba la promesa de un mundo mejor; más que un edificio era una oportunidad, la ocasión de vivir dentro de los propios sueños (...)

TOM: Sigo sin entender. Te inventas un sitio llamado Hotel Existencia, pero ¿dónde está? ¿para qué sirve?

HARRY: ¿Para qué? Para nada, en realidad. Era un refugio, un mundo que podía visitar en mi imaginación. De eso estamos hablando ¿no? Evasión.

En el apartado de hoteles célebres que han albergado a escritores, quienes incluso han escrito en sus habitaciones algunos capítulos de sus obras, haremos un breve recorrido por éstos y extraeremos algunos textos que son los inicios de obras conocidas (como deferencia hacia nuestra compañera Christine y su pasión por los “empieces”):



Hotel Chelsea, Nueva York, Estados Unidos

Este hotel en el corazón de Manhattan fue lugar donde Arthur C. Clarke escribió en 2001: Una Odisea Espacial y Dylan Thomas entró en coma en su habitación antes de morir. Aquí vivió Arthur Miller durante seis años y también durmieron Mark Twain, Tennessee Williams, Jack Kerouac, Jean Paul Sartre, entre otros. Actualmente se encuentra cerrado, pero quién sabe si algún día volverá a abrir sus puertas.

La sequía había durado ya diez millones de años, y el reinado de los terribles saurios tiempo ha que había terminado. Aquí en el ecuador, en el continente que había de ser conocido un día como África, la batalla por la existencia había alcanzado un nuevo clímax de ferocidad, no avistándose aún al victorioso. En este terreno baldío y disecado sólo podía medrar, o aun esperar sobrevivir, lo pequeño, lo raudo o lo feroz. (A.C. Clarke, 2001: una odisea espacial)



Pera Palace (Estambul, Turquía)

Este histórico hotel fue el que alojó a Agatha Christie y muchos otros pasajeros del Orient Express, entre ellos muchos intelectuales y escritores. Destacan personajes como el rey Eduardo VIII, la reina Isabel II, el emperador Franz Joseph e incluso personalidades como Sarah Bernhardt, Alfred Hitchcock, el escritor Pierre Loti o Jacqueline Kennedy Onassis.. La célebre escritora británica escribió, en su habitación 411, su famosa novela *Asesinato en el Orient Express*. El lugar fue remodelado, y ahora es parte de las visitas obligadas en el barrio de Pera.

Eran las cinco de una madrugada de invierno en Siria. Junto al andén de Alepo estaba detenido el tren que las guías de ferrocarriles designan con el nombre de Taurus Express. Estaba formado por un coche con cocina comedor, un coche cama y dos coches corrientes.

Junto al estribo del coche cama se encontraba un joven teniente francés, de resplandeciente uniforme, conversando con un hombrecillo embozado hasta las orejas, del que sólo podían verse la punta de la nariz y las dos guías de un enhiesto bigote. Hacía un frío intensísimo, y aquella misión de despedir a un distinguido forastero no era cosa de envidiar, pero el teniente Dubosc la cumplía como un valiente. No cesaban de salir de sus labios frases corteses en el más pulido francés. Y no es que estuviese completamente al corriente de los motivos del viaje de aquel personaje. Había habido rumores, naturalmente, como siempre los hay en tales casos.



Hotel La Perla (Pamplona, España)

Los Sanfermines y Hemingway siempre han estado estrechamente relacionados. El uno no podía faltar año tras año a esta gran celebración y los otros deben gran parte de su fama a la obra *Fiesta*, que el escritor ambientó en Pamplona. El Gran Hotel La Perla fue el escogido por el escritor para pasar las noches entre fiesta y fiesta y todavía conserva el estado de la habitación en la que se alojaba, la 217 que ahora ha pasado a ser la 201.

A caballo entre tres siglos, La Perla ha recibido a clientes tan distinguidos como Orson Welles, [Ernest Hemingway](#), Charles Chaplin, Pablo Sarasate, Imperio Argentina, Ignacio Zuloaga, Gonzalo Torrente Ballester, Alfonso XII o Juan de Borbón. De hecho, las habitaciones de Ernest Hemingway y Pablo Sarasate se conservan, aún hoy, tal y como las disfrutaron aquellos magníficos artistas:

Robert Cohn había sido en un tiempo campeón de pesos medios en Princeton. No vayáis a creer que un título de boxeo me impresione en gran manera, pero, para Cohn significaba muchísimo. No le gustaba nada el boxeo, a decir verdad, lo detestaba. Si lo había aprendido a fondo, después de arduo esfuerzo, había sido por contrarrestar el sentimiento de inferioridad y timidez al ser tratado como judío en Princeton. Le procuraba cierto consuelo íntimo saber que podía tumbar a cualquiera que fuera insolente con él...

(*Fiesta*, E. Hemingway)



Hotel Adlon Kempinski (Berlín, Alemania)

Este impresionante lugar se encuentra a un costado de la Puerta de Brandeburgo. En este mismo lugar antiguamente se encontraba el viejo hotel Adlon, inaugurado en 1907 por el emperador Guillermo. Aquí se hospedaron Thomas Mann en 1929 y Vicki Baum, quien se inspiró en él para escribir la novela *Gran Hotel*

Un modesto joven se dirigía en pleno verano desde Hamburgo, su ciudad natal, a Davos-Platz, en el cantón de los Grisones. Iba a hacer una visita de tres semanas...
(T. Mann, *La montaña mágica*)



El Minzah (Tánger, Marruecos)

Una gloria de los viejos tiempos, cuando Tánger era una ciudad internacional por donde paseaban bohemios, espías y excéntricos viajeros. Su patio andaluz y su estilo morisco inspiraron a Paul Bowles en *El cielo protector* y a Bertolucci en la posterior adaptación al cine de esta novela. Sobre el Hotel Minzah de Tánger, Paul Bowles escribió lo siguiente: “Sabía que un día encontraría un lugar para la sabiduría y el éxtasis“.

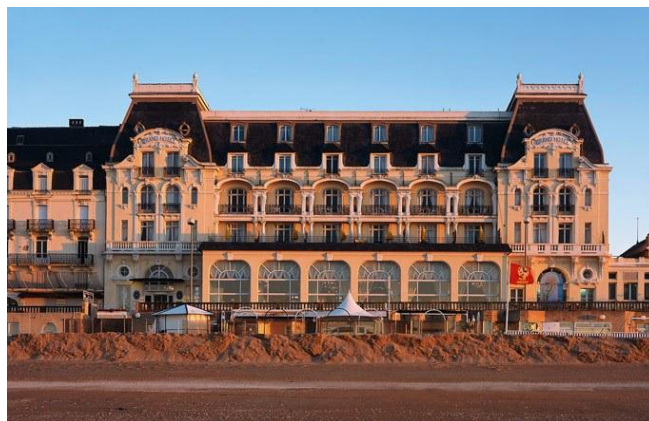
Este alojamiento, uno de los más prestigiosos complejos hoteleros del norte de África, situado en una de las ciudades más fascinantes del planeta, se inauguró en 1930, bajo la dirección del marqués John Crichton-Stuart, un aristócrata inglés enamorado de esta región. Desde sus orígenes, el Hotel Minzah de Tánger, con una mágica terraza sobre la ciudad, ha sido visitado por mandatarios, artistas, creadores y estrellas del mundo del cine. Algunos nombres: Sir Rex Harrison, Rita Hayworth, Rock Hudson, Jean Claude Van Damme, Jacques Cousteau o el ya citado Paul Bowles.



Fairmont Le Montreaux Palace (Montreux, Suiza)

Vladimir Nabokov se inspiró en este hotel a escribir novelas, como *Lolita*. Sus grandes vistas al lago Ginebra y los Alpes son uno de sus atractivos más reconocidos. Vivió aquí hasta 1961 cuando murió.

Lolita, luz de mi vida, fuego de mis entrañas. Pecado mío, alma mía. Lo-li-ta: La punta de la lengua emprende un viaje de tres pasos desde el borde del paladar para apoyarse, en el tercero, en el borde de los dientes. Lo.Li.Ta.



Grand Hotel de Cabourg (Cabourg, Normandía)

Ubicado en la costa de Normandía, y con unas increíbles vistas al mar, se encuentra el Grand Hotel de Cabourg. Fue inaugurado en 1907 y se convirtió en el lugar preferido por el escritor francés Marcel Proust para relajarse y descansar.

En la novela *En busca del tiempo perdido*, quedó inmortalizado como el Gran Hotel de Balbec. La habitación en la que se hospedaba conserva aún su decoración original:

Mucho tiempo he estado acostándome temprano. A veces apenas había apagado la bujía, cerrábanse mis ojos tan presto, que ni tiempo tenía para decirme: «Ya me duermo» . Y media hora después despertábame la idea de que ya era hora de ir a buscar el sueño; quería dejar el libro, que se me figuraba tener aún entre las manos, y apagar de un soplo la luz...



Hotel Elephant (Weimar, Alemania)

A pocos metros del Teatro Nacional se encuentra este hotel en el que se han reunido todo tipo de personalidades como Tolstoi, Thomas Mann o Göethe. La combinación de diferentes estilos como el Art Decó o el Bauhaus hacen que este hotel sea único en la ciudad. Göethe, junto a otros intelectuales de su tiempo se reunían con frecuencia en este histórico establecimiento, cuyo edificio data del siglo XVII.

Con ardiente afán ¡ay! estudié a fondo la filosofía, jurisprudencia, medicina y también, por mi mal, la teología; y héme aquí ahora, pobre loco, tan sabio como antes. Me titulan maestro, me titulan hasta doctor y cerca de diez años ha llevo de los cabezones a mis discípulos de acá para allá, a diestro y siniestro... y veo que nada podemos saber. Ésto llega casi a consumirme el corazón. Verdad es que soy más entendido que todos esos estultos, doctores,. maestros, escritorzueros y clérigos de misa y olla; no me atormentan escrúpulos ni dudas, no temo al infierno ni al diablo... (J.W. Goethe, Fausto)



The Cadogan (Londres, Inglaterra)

En el exclusivo barrio de Knightsbridge, este hotel ha sido testigo de aventuras de algunos de los personajes más ilustres del siglo XX. Uno de los episodios más recordados es la detención del escritor y dramaturgo Oscar Wilde. En él se hospedaron importantes personas de la época como el rey Eduardo VII de Inglaterra, la actriz Lillie Langtry y el dramaturgo Oscar Wilde, quien vivió una aventura inmortalizada en la obra *El arresto de Oscar Wilde en el Hotel Cadogan*, del poeta John Betjeman. El hotel se encuentra muy cerca de Hyde Park y del Palacio de Buckingham.

El intenso perfume de las rosas embalsamaba el estudio y, cuando la ligera brisa agitaba los árboles del jardín, entraba, por la puerta abierta, un intenso olor a lilas o el aroma más delicado de las flores rosadas de los espinos.

*Lord Henry Wotton, que había consumido ya, según su costumbre, innumerables cigarrillos, vislumbraba, desde el extremo del sofá donde estaba tumbado -tapizado al estilo de las alfombras persas-, el resplandor de las floraciones de un codeso, de dulzura y color de miel... (O. Wilde, *El retrato de Dorian Gray*).*



Concorde Lutetia, París.

James Joyce escribió parte de su obra maestra *Ulises*, en este hotel, construido en 1910. Entre las personalidades que lo visitaron también destacan André Gide, Picasso,

Matisse y Saint Exupery. Fue el primer hotel con estilo *Art Decó* de la ciudad y aunque fue ocupado por los nazis durante la II Guerra Mundial, fue reabierto al gran público al finalizar el conflicto. Sus increíbles vistas a la Torre Eiffel son uno de sus atractivos.

MAJESTUOSO, el orondo Buck Mulligan llegó por el hueco de la escalera, portando un cuenco lleno de espuma sobre el que un espejo y una navaja de afeitar se cruzaban. Un batín amarillo, desatado, se ondulaba delicadamente a su espalda en el aire apacible de la mañana.

Elevó el cuenco y entonó:

-Introibo ad altare Dei.

*Se detuvo, escudriñó la escalera oscura, sinuosa y llamó rudamente:
-¡Sube, Kinch! ¡Sube, desgraciado jesuita! (J. Joyce, Ulises)*



Hotel Palace (Madrid, España)

Se edificó en el antiguo palacio de los Duques de Medinaceli. Su construcción se realizó en 18 meses y, en este corto espacio de tiempo, se levantó el hotel más grande de Europa en 1912. A lo largo de estos 90 años ha sido y sigue siendo parte activa de la vida de la capital de España y es algo más que un lujoso hotel dentro de un emblemático edificio.

Desde sus comienzos, el hotel fue muy frecuentado por artistas, intelectuales y políticos, además de otras personas interesadas en observar la vida local, ya que siempre ha sido un lugar de encuentro y solaz para los madrileños. En aquellos años ya encontramos en los archivos nombres de artistas tan destacados como el pintor Ignacio de Zuloaga que hizo del Palace su domicilio en Madrid; el escritor Vicente Blasco Ibañez autor de la famosa novela (más tarde llevada al cine y protagonizada por Rodolfo Valentino en su primera versión y en años más recientes por Glenn Ford, “Los cuatro jinetes del Apocalipsis”); Serge Diaghilev y sus famosos ballets rusos (cuyos principales bailarines eran Nijinsky y Pavlova); el pintor Pablo Picasso, el actor Buster Keaton... sin olvidar a la misteriosa Mata-Hari que vivió en el hotel bajo un seudónimo que se llevó con ella y cuyo aventurero espíritu aún vaga por algunas estancias del hotel.

Siguen pasando los años, cambian los hábitos y las modas en la sociedad y el Palace continúa viendo desfilar personajes que eran o harían historia: Sarah Bernhard apoyada en las columnas que forman el famoso hall-rotonda de este edificio espectacular; Federico García Lorca, junto con Luis Buñuel, Pablo Picasso y Salvador Dalí solicitando un préstamo para poder comprar un billete de tren a París y exclamando al final de la misiva “¡... tan inteligentes pero tan pobres! “. Años más tarde y cuando ya eran ricos y famosos, Salvador Dalí volvería a pasearse por los salones del Palace con su gran capa de ocelote rodeado de una corte de admiradores y todos ellos obedeciendo los caprichos de su mujer, la gran diosa Gala. Posteriormente la capa de ocelote la cambió por un ocelote vivo que, atado a una cadena de oro, lo paseaba por todo el hotel. Y más adelante las actrices Dolores del Río y la bellísima Maria Félix; Ava Gardner durante sus estancias madrileñas; Orson Welles con Rita Hayworth; Hemingway y sus famosos *dry martinis* contando historias de sangre y toros...

Debían encontrarse a las cinco de la tarde en el pequeño jardín de la Capilla Expiatoria; pero Julio Desnoyers llegó media hora antes, con la impaciencia del enamorado que cree adelantar el momento de la cita presentándose con anticipación. Al pasar la verja por el bulevar Haussmann, se dio cuenta repentinamente de que en París el mes de julio pertenece al verano. El curso de las estaciones era para él en aquellos momentos algo embrollado que exigía cálculos.

(V. Blasco Ibáñez, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*)

Y así hasta un largo etcétera de hoteles con vinculación a la literaria y que pueblan las páginas de las más célebres obras de la literatura universal y de la cultura en general.

(Nota editorial: el presente artículo está formado por textos recogidos de Internet)



Mirar el paisaje

Tomás Cuesta

El hombre posee un secreto que guarda más allá del lugar desde el que genera sus palabras: tiene la precaución de ponerlo sólo por escrito. Camina por encima de la vía del tren y cuenta con una ventaja: cree que ya no circulan trenes. Ha abandonado la ciudad porque no dejaba de tropezar con personas cuando lo que él prefiere es tropezar con personajes. El camino de metal evoca naciones indias y la extracción de piedra gris por los negros del penal. Ha visto demasiadas películas. Ha visto demasiadas películas y ha leído demasiados libros: ahora no sabe en qué sentido sigue la vía. Cree que ya no circulan trenes.



La mujer mira el paisaje buscando un motivo que aspire a ser pintado. Un incipiente retrato, un esbozo de realidad. Despunta al fondo un borrón que avanza con sobria lentitud sobre el falso camino. Una absurda cinta metálica, una ligazón superficial entre dos mundos remotos. El borrón adquiere aspecto de sombra, de silueta, de mancha, de persona. Es un hombre que camina sobre una vía por la que en otras ocasiones la mujer ha visto circular ganado montado en tablas que se mueven sobre ruedas. Vagones llenos, locomotoras ruidosas.

La niña está cerca de entender por fin la razón por la que los demás niños hablan a escondidas, ríen, cuchichean. Está cerca de entenderlo pero quizá no le dé tiempo. Su vista alcanza a una mujer que derrocha ademanes, gestos, muecas. Es una mujer que no deja de esforzarse en mirar. Pero no hay nada que ver, aparte de un hombre que camina

por la vía del tren. Camina tan despacio que parece que se le hubieran enganchado las nubes más bajas, más finas, más grises. La niña piensa que hay algo extraño en estar mirando a una persona que está mirando a otra persona. Luego se olvida de la extrañeza, de la perplejidad, de la paradoja. Tiene poco tiempo.



Hay un narrador que se esconde entre los matorrales: acecha a sus presas antes de escribirlas. Es incapaz de decir cómo huelen, cómo saben, cómo gimen. Hay un narrador que se sacude los estambres y pistilos como se sacudiría los nombres de los personajes. Hay un narrador que mira la línea del tiempo y la confunde con la línea del horizonte: como si esperar un acontecimiento fuera lo mismo que aguardar la venida del tren. Hay un narrador que escribe sobre un paisaje en el que nada acontece, por el que no pasa el tren, un paisaje sin en el que no habría ni texto.

La plaza

Christine Félix

Fue una tarde de domingo que nos dejaron jugar en la plaza. Las niñas incómodas lucían sus vestiditos de algodón con el típico fruncido nido de abeja que raspaba una y otra vez al mínimo movimiento. La rigidez de los zapatos y los calcetines calados comprados probablemente por todas nuestras madres en la tienda de Conchita confirmaban el ambiente oficialmente festivo. Ese día se podía jugar pero no con el agua de la fuente.

Ahora sé que mi madre entretenía a mi padre con la excusa de peinarnos para así poder ella tener un momento y arreglarse a toda prisa. El resultado era un rostro taciturno, enmarcado por una tirante y relamida coleta con un lazo ostentoso y blanco. Como siempre, antes de bajar, me miraba en el espejo de la entrada, en penumbra, sin llegar nunca a terminar de reconocermé. Paciente, mientras esperaba al resto de la familia, hacía lentísimas muecas y mohines con la insana esperanza de que el espejo no me devolviera el gesto. A veces, deseaba cerrar la puerta de casa y que la otra, la niña del lazo, se quedara atrapada.

Mis sensaciones se confirmaban a pie de calle, la plaza olía igualmente a colonia. Las trenzas, las horquillas y las rebecas tricotadas por las abuelas brillaban al sol lánguido y fresco. El bullicio flanqueado por las jacarandas daba paso a la fuente central. Las fachadas de los viejos edificios seguían con el mismo tacto de siempre, todo espacio vencido y piedra macerada.

Mi hermana, la mayor, había aprendido desde el colegio que el más fuerte en la calle es el que gana. Siempre que volaban los insultos o las piedras, yo me escudaba tras ella. Atrevida por obligación era capaz de enfrentarse a cuatro o siete de una sola vez y no se amilanaba ante las provocaciones ni del más listo del barrio, su lengua podía ser más barriobajera que la de ningún otro. Por eso la quería tanto, por eso y porque nadie veía su tímido corazón a punto de quebrarse en cualquier momento.

A la mínima mirada reprensiva de cualquier mayor todas obedecíamos, dejábamos el elástico o la comba, todas menos Sonia, aquella niña rubia que se creía diferente y por eso lo era. Delgada y flemática, ejercía un hechizo singular. Hoy sé que el dinero se huele y los mayores también lo sabían. Como con “el niño bonito”, todo repeinado y bien compuesto; con él nunca se podía jugar, con él sólo jugábamos a perder.

La luz traspasaba los encajes, el pelo hilándose al viento y en ese punto, mientras se iban conformando los corrillos, no tardaba en aparecer la madre de Jesús gritando desde la balconada como en una llamada desde los cielos:
-¡Jesús, eres un diablo! ¡Sube ahora mismo!.

Porque Jesús, nada más bajar a la plaza, no tardaba ni un segundo en salpicarnos. Jesús reía y nosotras también. Cómplices de sus travesuras, nunca nos regañaron, ya sea por su risa trepadora o porque nunca conocimos a su padre.

A cierta distancia jugaban dos hermanos, los de la casa de la esquina. Yo imaginaba su mundo familiar lleno de sólidas palabras, un mundo nítido y ordenado, olor a madera y cera. Eran como los dos polos de una misma afirmación. Uno de ellos, el menor, parecía tener poder sobre todos los objetos que la vista pudiera alcanzar, conocedor de la fragilidad de la materia era experto traductor de símbolos y hasta de alegorías. El otro, casi no hablaba, sólo cuidaba del agua de la fuente y por eso siempre estaba tan limpia. Cuando las nubes prendían el cielo y a lo lejos se perfilaba violeta La Maroma, acudíamos a preguntarles por el tiempo.

Esa misma tarde, porque todas las tardes son buenas para los cambios, supe que estaba perdida. A lo mejor es que el tiempo pasa y abandoné los cuentos por crueles pero hermosas historias. También las sombras de la tarde invadieron la plaza, la fuente, los edificios, los murmullos... y de pronto, me vi en esa terrible oscilación entre la sonrisa sublime y el trastabillado ridículo.

En realidad, solo es en la consciencia donde queda detenido este tiempo imaginario. En realidad, siempre ando cruzando todas las calles buscando errante mi rostro en todos los rostros y aquella hermosa plaza con su fuente en todas las plazas. A veces, se aparece con esa extraña solidez de la piedra eterna, soportando una y otra vez el paso del agua deslumbrante. Y me detengo, justo al filo de la locura o del canto de un mármol usado, allí donde termina mi reflejo, para darme cuenta de que nada, absolutamente nada, me pertenece.



Pesaje de paisaje

Guillermo Méndez



Edvard Munch Melancolía (1894-1895). Óleo sobre lienzo. 81 x 100,5 cm. Colección Rasmus Meyer. Bergen.

M. : - ¡Buenas tardes, joven! ¿Qué, contemplando el paisaje?

D.: - ¿Eh?... No es que iba ...(¡Oh cielos! ¡Es él! ¡Otra vez él!)

M.:- Admirando las extraordinarias vistas...

D.:- (¡Pista, quiero pista y perderlo de vista!)

M.:-...de la naturaleza en estado puro.

D.:- (¡ Sí señor, un apuro es tener que aguantarlo!)

M.:- ¿parece todo tranquilo, eh? ¿Un escenario sosegado y calmo?

D.:- (¡Je, el culmen del colmo!)

M.:- Pues nada más lejos de la realidad, bajo esa engañosa apariencia late un mundo de lucha salvaje y violencia permanente.

D.:- (Dígame lo a mí que estoy que no me aguanto)

M.:- Gusanos devorando plantas, hormigas que descuartizan escarabajos, moscas que intentan inútilmente librarse con espasmódicos aleteos de las pegajosas telarañas...

D.:- (Me hago perfecta idea de tan viscosa angustia)

M.-...mariposas capturadas en pleno vuelo por los pájaros, pececillos engullidos por otros más grandes...

D.:- (y el pezao de este tío que no me deja)

M.:- Pero nosotros abstraemos toda esa vorágine y lo reducimos a un estático instante estético.

D.:-(Estoico estotro)

M.:- Todo esto demuestra que lo que vemos es subjetivo...

D.:- (No, si ya me sujeto, ya.)

M.:- Incluso lo físicamente captado, antes de ser analizado y, por tanto, tergiversado por nuestro cerebro, deriva de un proceso discriminatorio.

D.:- (doble crimen aguantar este largo oratorio)

M.:- Es una mera contemplación del rechazo...

D.:- (¡Eso, eso! Rechazo o hachazo, pero esto hay que cortarlo)

M.:- ...del espectro cromático, de cómo los cuerpos absorben determinadas ondas y repelen otras.

D.:- (un repelente antiplastas vendría bien ahora)

M.:- Nuestro ojos tienen unas células que captan el color...

D.:- (calor y ardor siento. Me estalla la cabeza)

M.:- ...Tenemos tres tipos de estas células llamadas conos. Unas especialmente sensibles a la luz azul, otras a la verde y otras a la roja...

D.:- (la roja, la roja ¿L`arrojaré o no por el acantilado?)

M.:- ... Las proteínas de estos microscópicos corpúsculos, según el retinal que poseen, absorben una cantidad diferente de luz...

D.:- (Veloz como la luz deberías desaparecer)

M.:-... Interactuando, combinan las distintas longitudes de ondas percibidas, generando multitud de tonalidades.

D.:- (Pues yo quisiera cilindros o esferas en los oídos para eliminar el tono monocorde de tu voz).

M.:- Esas nubes del fondo, entre azul y gris metálico, son una mera corriente de espasmos fotosensibles que se desparraman y hacen germinar a nuestro intelecto.

D.:- Perdone que le interrumpa, pero... hablando de desparramar, precisamente me había alejado del grupo hacia este lugar apartado porque necesitaba dejar fluir otra clase de corriente, así que si me disculpa...



Paisajes después de la batalla...

(A-Pin-Segis-Antonio-con-jubilosa-envidia)

Pablo Villar



¡Que no, que no! Déjese usted de cuentos y de monsergas y agarre la ocasión en cuanto se le ponga a tiro. A vivir, compañero, a vivir, que son dos días... Pero ¡si luego todo se acaba...! Ande, ande, además sin remedio, sin pena, sin parches posibles, hasta el final, bueno, hasta la jubilación, nuestro penúltimo recurso. .. Nos pasamos la vida hablando y proponiendo, mirando sin ver, siempre más, siempre más, cuando no esto, pues aquello, y luego lo de más allá, o lo del al lado mismo, que ni lo habíamos tomado en serio al pasar, nos pareció insignificante todas las veces que lo vimos, y de pronto, vaya usted a saber por qué, una mañana tan clara como otra cualquiera se nos presenta tan apetecible tan apetecible que... ¿Que no me entiende? Pues sí que. También es usted un poco torpe. Pues mire, una comparación para que se aclare... Usted va y viene, un suponer, todos los días por las mismas calles, las mismas plazas, las mismas... Usted ha visto siempre las cosas que le pillan de paso, eso, los escaparates, las mismas caras en las paradas de autobús, el cartel desteñido del último engaño electoral, las mismas nubes otoñales en el cielo... Todo ahí fuera, clamoroso, exigente... Usted va silbando, y se le van los ojos atrás al cruzarse con alguna mujer joven, no guapa, bellísima, bellísima, que se pierde ya a lo lejos y usted murmulla una fotografía que se olvida al doblar ya la primera esquina, mientras el mundo se puebla de sombras y tabaco...

Y usted continúa, y se acerca al quiosco a comprar el periódico. La estanquera, encajonada, se acaba de separar de su marido, un hombre obtuso y ligero, y ahí está el quid de la cuestión..., una mañana, esa mañana de la que le hablo, tan parecida a todas, ha amanecido igual, con los mismos ruidos, el mismo repugnante olor que sale ciertas casas, reiteradas las huellas de los perros en la acera... Todo tan igual, y usted va, y cuando ella le devuelve el cambio, le roza los dedos de una mano diaria y usted ha levantado los ojos y se tropezado con una sonrisa confiada, y todo a la vez, turbadora tibieza repentina, le recorre a usted por la espalda una cosa rara, de arriba abajo, y el pulso se le quiere ir de viaje, escandaloso, y dejan de hacer ruido los coches, tantos como suben por la cuesta de... Y usted paladea unos labios y se percata, llamándose bobo en mil idiomas, de que aquellas mejillas... Y usted... seguimos suponiendo...¿está claro?, tengamos la fiesta en paz... Usted, digo, que ha sido un tío *echao pa lante*, y se cree que todo el monte es orégano, y que la mujer ...¿eh?, y va y se lanza, seguro del éxito, y sí, sí, ya no se llevan esas estrategias, mi querido amigo; parece mentira que esté usted tan fuera de la circulación, caramba...Pues que al final acaba escaldado, porque, en fin... que usted es un recién jubilado, profesor de ... en estos años agónicos que nos han tocado vivir.

Y es que todo se acaba, amigo mío, vaya si se acaba, y el escalofrío por el cuerpo, y el tacto de los dedos, y los labios húmedos, y el acelerado corazón, y tal y tal, pues que ya no son para usted y tiene que jorobarse y darse cuenta de que allí mismo hay un fulano joven, flacucho él, con aspecto jovial y ... qué le vamos a hacer. Y ese se lleva el gato al agua, que lo que es usted... Y es que cada cosa requiere su sazón. Y si usted no ha vivido bien su horóscopo, no le queda más que andar como alma en pena, y se verá obligado, para no aburrirse, a hacer las faenas más huecas e irresponsables, soplar velas, asustar a las beatas con ruidos ensordecedores, dar portazos con el viento o poner erratas en el BOE... Total, nada de nada. Y encima muy avinagrados porque no logran dejarse ver ni entablar cháchara con cristiano alguno. Y es que, se lo digo yo, un muerto debe llevarse la maleta bien llena. Y para colmo en la vida hace falta siempre la otra mitad, alguien que le ayude a uno a henchir el inmenso vacío que, por *fas o nefas*, nos ha tocado soportar...

No, tampoco hace falta dramatizar, ponerse peliculero, que enseguida nos acusan de histriones por todo: por quejarnos, por callarnos, por beber despacio, por eructar verdades de a puño... Le digo a usted que es bonito ir viendo finiquitarse las cosas. Poco a poco, ¿sabe?, poquito a poquito. Eso significa que el horóscopo de marras se ha ido viviendo de veras, con entusiasmo, con altibajos, con bajones en la profesión y en el circo de la vida, y con...¡reconciliaciones! Todo alrededor se ha ido disfrazando de nostalgias o proyectos... haga usted memoria, que seguro que estamos de acuerdo. Qué importa que después de algún tiempo ya no nos guste la voz que nos gustaba, que resulte algo cursi lo que creíamos un hechizo... Lo malo del asunto es que solamente

nos vale la propia aventura y no sabemos apurarla, qué vamos a saber. Quizá una tarde haya usted esperado a alguien, a una hora que la costumbre ha hecho gozosa, una fiebre creciendo en caricias... Ha imaginado mil azares, ha ensayado usted otras frases para empezar, pasos en la escalera... parece que llegan, pero suben hasta el piso de arriba, pasan sin murmullos... Otra vez a ensayar el encuentro para que no sea un encontronazo, y te vuelves a detener porque has vuelto a escuchar ruidos... Y esta vez sí, se acerca, pero en ese momento de qué te ha servido tanto preparativo si no se dice nada, si no salen las palabras de tu cuerpo ni los gestos de tu boca... Y fuera ¡sigue lloviendo!...

Oiga, haga el favor de no redondearme las frasecitas, se pone usted algo impertinente, ¿no le parece? Sin embargo también se acaba ese tono, ese desajuste. Nada hay que cien años dure. Las cosas pueden empezar de muchas maneras, no sabes cómo, a ver, y si no haces nada por encontrarlo, no lo esperas, llega... el desajuste. A veces pasa el tiempo, dos-tres-cuatro años y ni te das cuenta de que toda tu organizada vida reglamentada cuidadosamente y sopesada, se va al garete, no cumples con tus obligaciones, horrible pecado en una sociedad donde nadie cumple sus obligaciones y todos claman porque su vecino las cumpla. Y con un desparpajo creciente te dedicas a meter la pata concienzudamente, sin saber escuchar, ni replicar, repentinamente sin timón ni estrellas que mirar y obedecer, hombre, cómo te lo diría yo... Y todo va marchando hasta que un día, igual que otro cualquiera, paisaje después de la batalla, acuérdesse del ejemplo que le puse al principio, sí, hombre, esa mañana de la mujer que no era guapa... sino bella, bellísima, de aquella estanquera que le rozó los dedos...

Y es entonces cuando te das cuenta de que el tiempo no pasa en balde, de que se te van derramando la caja de las penas, se te quiebra la esperanza, y caes, vas cayendo, bola de nieve, y te sumerges en la honda verdad, la que nadie puede discutirte, la verdad irremediable: te has hecho mayor, a solas, con tu propia edad, con tu júbilo recién estrenado, sin necesidad de dar más clases, sin las insufribles mañanas con alumnos que ahora llaman disruptivos y con el *cogito interruptus*, con las hormonas a flor de piel, qué digo, a flor de piel, a flor de ojos, de oídos, de aromas, de susurros... Aprovechese de los buenos momentos, aprovechese de recuperar aquellos instantes diluidos que ahora vienen a su memoria. Fíjese, yo, por ejemplo, recuerdo lo que sonaba en el hilo musical de un restaurante donde entré por chiripa, o el anuncio que se encendía y apagaba, machacón, en una acera donde esperando a alguien, vi a dos mujeres besándose en los labios, o aquel tranvía que empezando su travesía acabó en las cocheras del abandono... Sí, ya sé que sabiéndose uno cargado de años no queda más que un camino sin retorno, pero, por lo menos, hágalo usted con un recuerdo a su lado, uno tan solo, que compense de tantas desazones. Un recuerdo que es memoria de un futuro, diminuta eternidad, tan escurridiza y tibia que ni un grano de arena... Un hombre sin memoria... Ay, hágame caso, se lo digo y se lo repito, quédese con el

recuerdo de su recuerdo, no tendrá que hacer mucho esfuerzo por seleccionarlo de entre lo mucho bueno que disfrutó, la propia sangre se le pondrá delante de los ojos, dentro de las manos. Podrá volver así a todo, o a casi todo, a algo... Pero ¿es que no se entera? Le estoy diciendo que podrá regresar a lo que hizo y a lo que pensó hacer o decir, y no supo o no pudo conseguirlo, y podrá recorrer los mil y un paisajes, que, quién lo diría, ya no sabe si pisó o no, y poblarlos y vestirlos, y adivinar lo que ruge dentro de los que se le cruzan por la calle, o se sientan a su lado en el cine, y podrá saber cómo resuenan las palabras de esa pareja de enamorados, mire usted, esos de ahí enfrente, en aquel banco, y hasta notar cómo le remonta por las venas una emoción que alguien... en fin...

¿Qué nos están mirando?, no haga caso, aquí los mejores siempre hemos sido, no lo dude, los que hemos hablado solos por la calle, los raros, los difíciles, sí, los que miramos sin arrugas el presente, con nuestro grado de locura, con nuestra rebeldía ante las normas... cómo van a entender los otros que después de tanto ir y venir, conviviendo forzados, condenados, en ese instante de ausencia, está usted solo, muy solo, con solo un desvalido recuerdo entre los dedos... Sí, llévelo siempre en la mano cerrada, sin posibilidad de que se le escape, y es que a estas alturas, cuando te has quedado varado en la cuneta, sin molestarse ya en fingir ternuras, amistad, amores, entonces y sólo entonces es cuando, por primera vez, se da uno cuenta de que está curado, que ya no tienes la ronquera de siempre, el dolor de cada día, se da uno cuenta de que te has quitado, el enorme, el punzante miedo a la vida que siempre has arrastrado a lomos, mañanas y tardes disimulando con pamplinas, hipocresías, compromisos... Hay que dar las gracias, muchas gracias, y, sin duelos ni cohetes, volverse cara a la pared. Pero, eso sí, muy contento. Ah, se me olvidaba. No apriete la mano con su tesoro dentro. De todos modos, ellos, los inquisidores, los torquemadas de la felicidad se la abrirán luego, sí, ellos, con cualquier pretexto, para quitárselo, para que no pueda recordar nada, para fastidiarle lo que le queda de vida, cómo-van-a-permitirle-ellos-que-se-lleve-la-felicidad-consigo, cómo-van-a-dejarle-que-una-sonrisa-le-asome-a-la-cara, cómo-consentir-que-los-recuerdos-triunfen, qué-va, hasta-ahí-podríamos-llegar..., hasta-ahí, hasta...ahí. ¡ Sic transit gloria mundi!



CERTAMEN LITERARIO “DÍA DEL LIBRO” (2012)
I.E.S. JUAN DE LA CIERVA

Reunido el Jurado calificador del Certamen acuerda otorgar los siguientes premios:

POESÍA:

- 1º CICLO E.S.O.:

“Luz”, de M^a Esperanza Campos García, de 1º C

- 2º CICLO E.S.O.:

“Mi sirena infinita”, de Paula García Fernández, de 4º A

- BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS:

“En las profundas entrañas”, de Rafael E. Medina O’Farrill, de 2º B
Bachillerato

MICRORRELATO:

- 1º CICLO E.S.O.:

“Sueños”, de Silvia Parada Alba, de 2º A

- 2º CICLO E.S.O.:

“El sueño de una cometa”, de M^a Teresa Díaz Santamaría, de 4º B

- BACHILLERATO Y CICLOS FORMATIVOS:

“Blanco y negro”, de Cecilia Ocón Casamayor, de 1º A Bachillerato

Enhorabuena a todos los premiados, y muchas gracias por participar al resto del alumnado.

1º PREMIO POESÍA - 1º CICLO E.S.O.

Luz

*Te voy a contar un cuento.
Era un hombre de papel,
no tenía huesos,
no tenía piel,
sí un corazón de diamante,
muchas letras,
mucho hambre
de cositas por leer.*

*Con dulces ojos de miel
amaneció una mañana
y vio una linda niña,
tan bonita como tú,
que escribía para él
este cuento en un papel.*

(M^a Esperanza Campos García, 1º C)

1º PREMIO POESÍA – 2º CICLO E.S.O.

Mi sirena infinita

*Bañarme en las fluidas nebulosas de tus ojos,
asomarme por tus pupilas...
¿Puedes quitarme este antojo?
Soy limón, tú tequila...
Tus lunares, la sal
sobre todo ese que brilla
tan fino
como tus muñecas,
tan brillante
como esa copa que oía
tan expectante como yo tu voz
que hasta a los marineros alicaía,
cuan bello cantar que tus labios omitían.
En las orillas del Mediterráneo,
donde vimos que tu cuerpo yacía*

*¡oh no, lo que sucedió en mi cuerpo aquel día!
Tu piel, pálida,
tus ojos, abiertos como nunca, amanecían.
Así pues, mis manos sudorosas, para siempre los sellarían.
y sin comerlo ni beberlo
la real leyenda de mi sirena murió aquel día.*

(Paula García Fernández, 4º A)

1º PREMIO POESÍA – BACHILLERATO Y CICLOS

*En las profundas entrañas
de la sangre de la Tierra
los colores tornan negros
No se sabe lo que encierran
quizá fósiles vivientes
quizá una ciudad perdida
hay demasiados misterios
en esta nada sumergida
Y así, siento que en tus ojos
súbito este abismo brota
y ahogándose palabras
noto que mi mente flota
Es cómodo, inexplicable
suspenderse en el vacío
en este negro tan profundo
de tus ojos y los míos
Y son tantos los secretos
escondidos en el mar
que sin verse están ahí
-pues habrá que bucear...-
Bucear en tu mirada
sumergirme en tus pupilas
dejar atrás la córnea
llegar al abismo que hilas
con ocultos sentimientos
que forman esta marea
oscura y desconocida
donde escondes qué deseas*

*Quiero, deseo perderme
en las más hondas entrañas
sin saber a dónde llegan
Eso sí.... tú me acompañas.*

(Rafael E. Medina O'Farrill, 2º B)

1º PREMIO MICRORRELATO – 1º CICLO E.S.O.

Sueños

Me pareció ver a alguien acechando entre las sombras, esperando el momento oportuno para ir a por mí. Un terror irracional me recorrió y no pude hacer más que salir corriendo mientras unos ojos café estaban fijos en mi imagen huyendo. Irónicamente los ojos de mi perseguidor me parecieron felinos hasta el punto en que creí que me había confundido al suponer que mi perseguidor era humano.

Unos metros más y entraría en mi casa. Yo vivo en la calle Work Street, cerca del bosque. Ese día se me ocurrió dar una vuelta por el bosque hasta que me encontré con él. Una mano en mi brazo me sacó de mis pensamientos y su voz dulce y aterciopelada rozando mi rostro:

-No sabes cuánto tiempo llevo esperándote – me dijo.

Todo se volvió negro.

Desperté empapada en mis propias lágrimas.

Sólo había sido un sueño.

De repente una marca en mi brazo. Era una mano grabada a fuego en mi piel.

(Silvia Parada, 2º A)

1º PREMIO MICRORRELATO - 2º CICLO E.S.O.

El sueño de una cometa

Era un día soleado, como otro cualquiera. Estaba empezando a hacerme mayor, así que decidí que mi 16 cumpleaños lo celebraría con mis amigos en las playas de Alborán. Un lugar donde las cigarras cantan de sol a sol, los pinos mediterráneos destacan por su agujas esmeraldas y el mar es el papel donde dibuja el cielo.

Nos fuimos temprano, para aprovechar al máximo las horas que teníamos por delante. Disfruté cada rayo de sol, mientras veía mi piel dorándose con granos de sal sobre todo mi cuerpo. Sin embargo, lo que más me gustaba de aquella cala era sentarse a su orilla, cerrar los ojos y dejarme llevar a mundos lejanos. El agua palpaba mis pies y los vestía con arena. El viento murmuraba a mi pelo cosas que sólo ellos dos entendían y el olor a salitre llegaba hasta la última célula de mi organismo con recuerdos. Pero lo que más me hechizaba de ese paraíso era el sonido del romper de las olas...

Al atardecer, decidimos entrar en una gran casa abandonada, que se encontraba en nuestra playa. Traspasamos su puerta, raída por el paso de los años; sus muros de cal empezaban a deteriorarse a causa de la humedad. Atravesamos el comedor, lleno de sillas de esparto que rodeaban una mesa muy alargada, presidida por un botijo de

cerámica. Parecía un lugar donde los típicos abuelos invitaban a sus nietos a pasar el verano con ellos. Las telarañas envolvían cada esquina, cada vivencia.

De repente, un escobón cayó al suelo, ninguno había tocado nada. En ese momento, un perro comenzó a ladrar y pudimos oír que la mecedora del porche empezó a moverse. Nos miramos aterrorizados, así que dimos por finalizada nuestra visita.

Al darnos la vuelta, un niño de unos seis años que vestía un bañador de los años 40, nos observaba. El chiquillo emprendió una veloz carrera hacia nosotros, que salimos corriendo en todas direcciones. El niño me perseguía mientras que algunos de mis amigos habían conseguido huir. Me sentí una rata de laboratorio, incapaz de ver la salida en ese laberinto de habitaciones oscuras. Entonces, vi una gran ventana, la abrí y salté.

Cuál fue mi sorpresa que en ese instante me convertí en una cometa. Pude volar gracias al temporal de levante, planeaba y planeaba, era libre. Los pájaros me miraban con recelo y mis amigos contemplaban atónitos el espectáculo.

A la mañana siguiente, cuando desperté, estaba junto a mi hermana. Al verme, me sonrió, su cara rebosaba felicidad. La volví a mirar y me dijo: -¿Qué, otra vez soñando con los humanos?

(M^a Teresa Díaz Santamaría, 4º B)

1º PREMIO MICRORRELATO - BACHILLERATO Y CICLOS

Blanco y negro

Se sentó de nuevo ante él, con cara de fastidio, resoplando. Elisa tendría que pasar otro día más fija en el mismo sitio, haciendo lo mismo una y otra vez. “Tienes que hacerlo”, le decían sin cesar. Y ella lo hacía. Paso a paso, uno tras otro: blanco, negro, blanco, blanco, blanco, blanco, negro, negro, blanco. La monocromía la aburría a ella y a todo el que la escuchara. “Tienes que hacerlo mejor. Repítelo” Esas eran palabras comunes. Eran palabras que estaba harta de oír.

Y así todos los días Elisa se esforzaba al principio, pero a fuerza de rehacer el proceso cada día, sin parar, perdió el interés. Ya no sentía pasión por lo que hacía. Pero se obligó a ello, no lo dejó a pesar del hastío. Blanco, negro, blanco, blanco, blanco, blanco, negro, negro, blanco. Muchas veces. Innumerables.

El gran día, pues todas esas mañanas, tardes e incluso noches empleadas en ello iban destinadas a ese gran día, llegó por fin. Elisa se sentó, igual que hacía en casa, sólo que ese día iba bien vestida y peinada. Aguardó unos instantes. Y empezó. Blanco, negro, blanco, blanco, blanco, blanco, negro, negro, blanco. Igual que siempre. No se sintió satisfecha. El jurado tampoco. “Le falta pasión, color”, habían dicho. Pero eso

Elisa ya lo sabía. Cuando hubo terminado aquel día, Elisa dejó de hacer aquello. Salió de la monocromía en la que estaba encerrada.

Años después, Elisa volvió a sentarse en aquel lugar. Pero nadie la obligaba, nadie la presionaba, nadie le decía lo que tenía que hacer. Simplemente se sentó porque le apetecía. Lo miró de arriba abajo y suspiró. “Me has dado muchos dolores de cabeza”, pensó, “pero ya no me los das”. Y volvió a ejecutar la sentencia. Blanco, negro, blanco, blanco... ¿Blanco y negro? Ya no lo era. Improvisaba algunas partes de la secuencia porque las había olvidado. Pero no había nadie allí que le dijera “Tienes que hacerlo mejor. Repítelo.” Siguió y nadie la interrumpió ni la corrigió. Sonreía. Pronto el blanco y el negro dejaron de serlo para convertirse en una armoniosa policromía. Azules relajados, rojos apasionados, violentas profundos, amarillos enérgicos, rosas dulces. Nunca más blanco y negro. Los colores habían invadido la habitación, por fin Elisa disfrutaba haciendo lo que antes odiaba hacer.

La secuencia seguía siendo en blanco y negro, pero para ella todo se traducía en colores. Los oídos y la mente sintieron el placer que la música del piano de Elisa les brindaba.

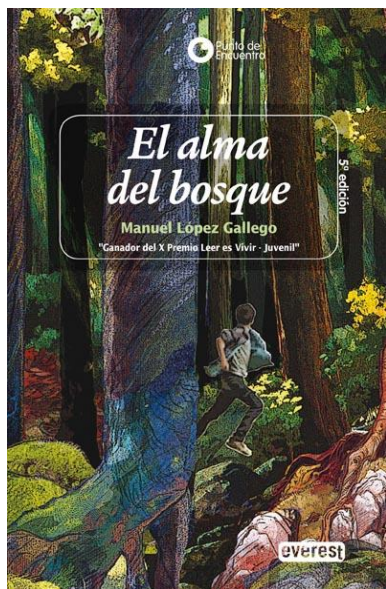
(Cecilia Ocón Casamayor, 1º A)



LA BIBLIOTECA EN EL CURSO 2011-2012

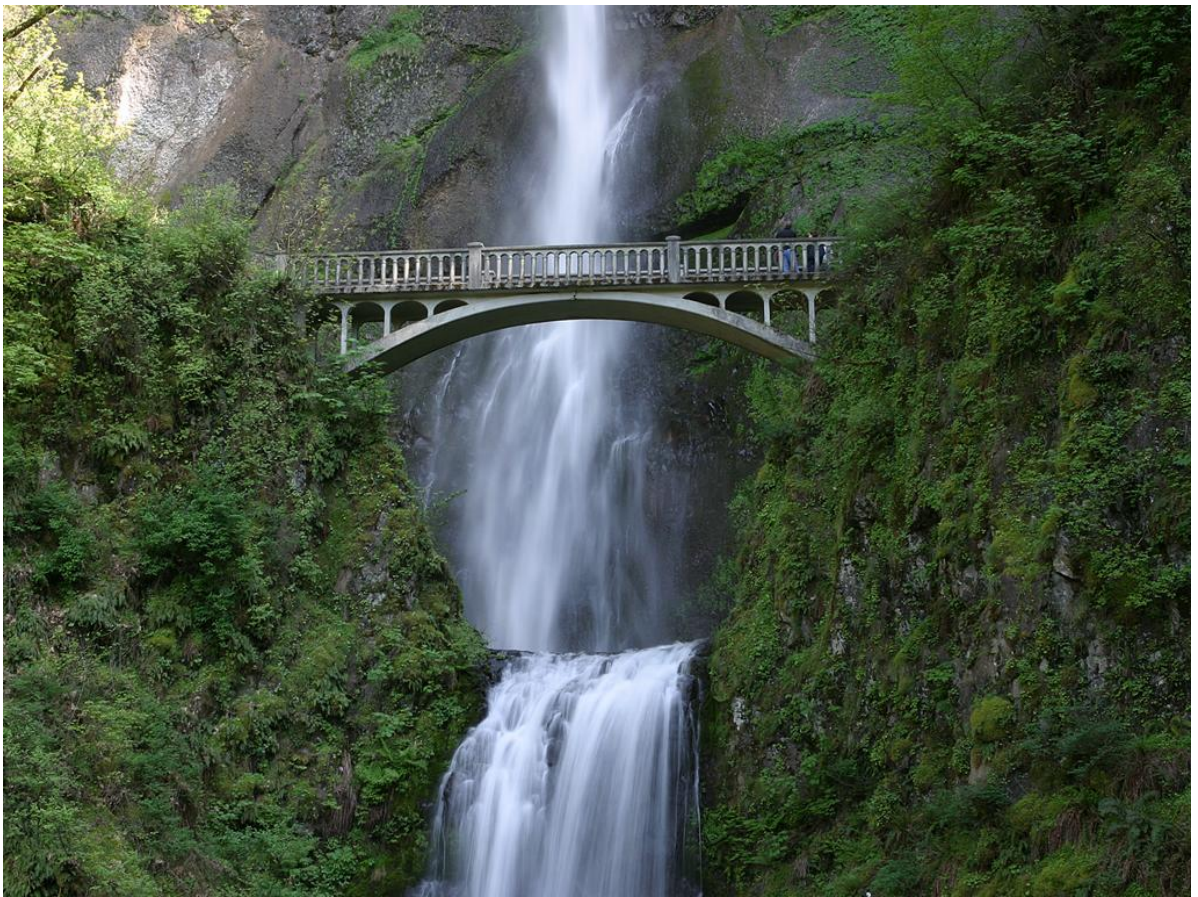
En el presente curso se ha podido mantener el servicio bibliotecario durante toda la mañana en horario lectivo y en el recreo gracias a la distribución de guardias entre el profesorado, por lo que el centro sigue apoyando el mantenimiento de este espacio de reunión y trabajo, y el profesorado se sigue preparando para atender a las necesidades del alumnado. Se han mantenido los diversos proyectos: la apertura por la tarde gracias al AMPA, la animación a la lectura, la formación de usuarios, la catalogación de fondos, las adquisiciones y reformas puntuales en las instalaciones o este mismo Boletín, que llega al nº 7. El Blog de la Biblioteca sigue reuniendo a profesores y alumnos en diversas actividades de tipo académico o cultural.

Entre los libros más prestados este curso encontramos *El alma del bosque*, de Manuel López Gallego, *El aprendiz de brujo y otros cuentos de Grecia y Roma*, de



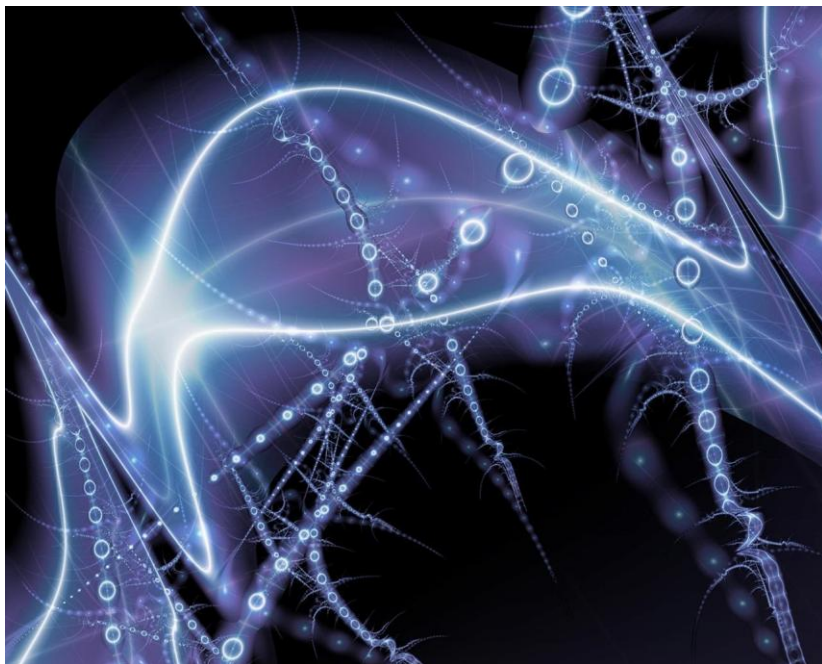
Fernando Lillo Redonet, y *El Hereje*, de Miguel Delibes; y los autores más demandados han sido aparte de los anteriores los ya habituales Jordi Sierra i Fabra o Jane Austen. En los préstamos por género vuelven a ganar las mujeres, con un 76% de las demandas, frente a un 24% de los hombres. Por cierto que este año se ha incrementado el número de préstamos hasta alcanzar los 556.

Sólo cabe desear que en el futuro la Biblioteca se siga percibiendo como un lugar de recogimiento y tranquilidad para acceder ya sea digitalmente o de manera tradicional a la cultura y el estudio, e incluso como canal de acceso a la investigación entre el alumnado y todo el personal del instituto.



*En la catarata de los ojos se me agolpa / el sueño de toda una vida. / De todo lo cual
queda, / como imborrable seña de identidad, / un poco de ceniza al borde de los
párpados...*

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA



I.E.S. JUAN DE LA CIERVA

CURSO 2011 - 2012